El Patio de la Infanta en Zaragoza

Pedro Navascués
Catedrático de Historia del Arte.
Escuela de Arquitectura, Madrid

Esta es la rocambolesca historia de uno de los más bellos palacios del Renacimiento español. Una muestra más del desprecio por la conservación de nuestro patrimonio

EL CÓDIGO DE DERECHO CIVIL y la Ley del Patrimonio Histórico Español, así como el hombre común de la calle, entienden que la arquitectura pertenece a ese gran apartado que conocemos como bienes inmuebles, esto es, que no se pueden mover o desplazar, que son fijos. Sin embargo, ya lo dijo Arquímides, dadme un punto de apoyo y moveré el mundo. En efecto, con un punto de apoyo y la palanca del menosprecio por las cosas que han sido grandes o bellas en nuestra historia, podemos mover cuanto queramos. "No fue suficiente su belleza para salvarlo", escribía Lampérez refiriéndose al Palacio de la Infanta, en Zaragoza. Y es que, en efecto, el desprecio, aliado con otros intereses, tiene una fuerza que, aunque bruta, es capaz no ya de mover el mundo, sino el universo entero, y desde luego la arquitectura, por muy enraizada que esté en el lugar.

No me refiero ahora a los traslados salvíficos de aquellos monumentos que van a quedar anegados por las aguas o que un nuevo trazado viario exige su desplazamiento, sino a las peripecias sufridas por uno de los más bellos palacios del Renacimiento español que, en Zaragoza, era vulgarmente conocido como el Palacio de la Infanta, por haber vivido allí sus últimos años la viuda del infante don Luis de Borbón, María Teresa de Vallabriga.

Se trataba de un modélico palacio renacentista aragonés, uno de los muchos desaparecidos estudiados por Carmen Gómez Urdáñez, mandado construir en 1550 por Gabriel Zaporta, apellido con que también se conoce esta obra primorosa, a la que Chueca llamó "espejo de los palacios aragoneses". Aquel edificio, que contaba con un patio y escalera fuera de toda ponderación, dejó de pertenecer a los Zaporta, agotada su descendencia en el año 1636. Nuevas familias, los Albión y los Franco, enlaces, dotes..., en fin, el palacio fue pasando a lo largo de los siglos XVII y XVIII de unas manos a otras, al tiempo que conocía nuevos huéspedes y usos, pues en él se alojaron poetas, como Lupercio de Argensola, hasta notables ilustrados, como don Ramón de Pignatelli, al tiempo que en la planta baja se instalaba la Escuela de Dibujo de la Sociedad Económica Aragonesa.

Luego, el siglo XIX fue para el palacio un verdadero látigo, pues si bien sus propietarios lo mantuvieron como un bien proindiviso, en la práctica se fueron tapiando huecos y levantando tabiques para albergar las más diversas actividades, desde el Liceo Artístico y Literario hasta un taller de carruajes. Las más viejas fotografías del palacio nos dejan ver los talleres de carpintería y ebanistería ocupando los bajos, mientras que parte del piso principal del patio se macizaba con una fábrica de pianos. Con estas y otras actividades industriales, el palacio sufrió una imparable erosión que movió a la primera restauración de su patio (1871), con motivo del arriendo de parte del *inmueble* al Casino Monárquico Liberal. Sin embargo, un formidable incendio

Arriba: Vista parcial del ***Patio de la Infanta,*** en Zaragoza, uno de los más bellos palacios del Renacimiento español A la derecha y abajo, detalles de dos columnas de dicho patio, salvado por Ibercaja

en 1894 –después de haber sufrido otro en 1864– dejó maltrecho al edificio, que perdió la mayor parte de sus ricos techos, puertas y ventanas gótico-mudéjares.

Cuando ya parecía que nada peor podía sucederle al palacio que construyera aquel banquero judío de Carlos V, don Gabriel Zaporta, el siglo XX nos depararía la sorpresa final, esto es, el derribo y venta del palacio (1903), salvando los elementos de mayor interés artístico, como eran el patio y la portada del palacio. De nada sirvieron informes y académicos dictámenes, ni la

El escaparate de París despertó el deseo de la adquisición del patio de la Infanta por parte de gentes como Goering y Eva Duarte, de tal modo que aún pudo viajar a Alemania o Argentina. Sin embargo, afortunadamente, el último trayecto fue más corto, pues anunciada de nuevo la venta del patio, en 1957, don José Sinués propuso su compra a la Caja de Ahorros de Zaragoza, la cual se efectuó al año siguiente, tras llegar a un acuerdo con los hijos de Mr. Schutz, el matrimonio Chauvierre, que recibió por el patio tres millones de pesetas.

general indignación de los zaragozanos.

Mas no termina aquí la historia, pues derribado el palacio, que dejaba un hermoso solar edificable en la calle San Jorge de Zaragoza, se procedió a la venta del escultórico patio, no existiendo ningún particular, ninguna institución local, provincial o nacional que se decidiera a adquirirlo. Para vergüenza de todos, sólo el anticuario francés Fernand Schutz parecía dispuesto a pagar las 17.000 pesetas que pedían los propietarios, la familia San Pau-Armijo. Así, ante la mirada entre atónita, dolida e indiferente de los españoles, salían embalados por vía férrea camino de París, en 131 cajas, los restos mortales del palacio Zaporta.

Una vez en Francia, parece ser que el patio se montó o almacenó en el estudio del pintor Gervex, en la calle Chaveau de Neuilly, pasando luego a la capital francesa, donde se montó de nuevo en el Quai Voltaire, sobre la orilla izquierda del Sena, frente a las Tullerías (1908). Allí, cubierto con una montera de vidrio, sirvió de singular marco a la tienda de antigüedades de Mr. Schutz, haciendo las veces de variopinto escenario de un españolismo en el que se mezclaron los nombres de Lope de Vega, Ravel, La Argentinita, Falla y Granados.

De este modo, pudo regresar el patio a su ciudad, donde después de dos traslados de las piezas de un almacén a otro y tras veinte años de espera, final y felizmente, se integró en el nuevo edificio de la sede de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja, hoy Ibercaja, en la plaza del Paraíso (1980). Allí puede contemplarse hoy, de un modo digno, este conjunto arquitectónico, escultórico e iconográfico, ejecutado en piedra y yeso, que muestra la sin par belleza de su hechura.

Una belleza fatigada y mermada, pues son muchas las cosas perdidas y desperdigadas con esta ajetreada historia. Sirva de botón de muestra la pérdida de una de las columnas que, como las del patio, formaba parte del arranque de la escalera. Aquella, por otros caminos, la adquirió el conde de las Almenas para su palacio El Pico, en Torrelodones (Madrid), que luego pasó a ser propiedad de don Francisco Franco.

Este palacio fue desmantelado entre 1976 y 1988, perdiéndose muchas piezas de las allí reunidas, pero por si fuera poco, durante el pasado mes de julio, un voraz incendio provocado ha destruido prácticamente el palacio de El Pico. ¿Habrá sobrevivido este elemento hermano de las columnas del patio de la Infanta? *Sic transit gloria mundi*.